El discurso de Marcela en El Quijote

Rocío Aceves Orozco
Universidad de Colima

♦♦♦

Pequeño testimonio

Con este ensayo, rindo un homenaje personalísimo a Don Quijote y Sancho Panza, cervantinos personajes alucinados y arquetipos de un mundo caótico en donde nada es lo que parece ser.

Si hubiera cedido al impulso y el pudor no me llamara a cierta cordura adocenada, en estos momentos tendría tatuados los nombres de algunos personajes cervantinos, aquellos "a quienes uno siente que podría darles la mano en cualquier esquina del universo", nos recuerda el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos. O me hubiera tatuado algunas de las acciones caballerescas, algunas frases o párrafos entrañables o de cuando Don Quijote confunde a un grupo de viajeros con secuestradores impenitentes y arremete con todas sus fuerza contra ellos y contra un par de frailes contritos y estupefactos por tan descabellada acción cometida en su santa persona; o tendría sobre la piel fragmentos de un lenguaje vivísimo, que en un instante me lleva al llanto para en otro soltar también el llanto pero de risa incontenida.

Opté entonces por dar las gracias por una novela, un mundo narrativo de estructura tan moderna y polvo de oro como lenguaje, pues Cervantes, como todo adelantado, llevó a espléndido fin lo que todo novelista desea, a saber, que sus novelas contengan todo tipo de historias y pasiones, que el mundo y sus intricados entresijos se reflejen cabalmente a través de sus personajes, en pocas palabras, Cervantes instituye el género de la novela que generosamente acepta e integra sonetos y romances; diálogos y escaramuzas; reprimendas y refranes; "peripecias y embrollos"; amores, honores y deshonores; historias dentro de La Historia (así con mayúsculas) monstruos, muertos y Dulcinea; y todo a través de una insólita pareja que cree en lo más sagrado del hombre, su libertad a la imaginación. La historia universal se ha encargado de demostrarnos que la imaginación y su invocación en circunstancias amenazantes para una persona, un grupo de personas o todo un pueblo, logra contrarrestar los dominios de la tragedia como un luminoso triunfo del espíritu sobre la materia podrida. De esa estirpe provienen Don Quijote y Sancho Panza.

♦♦♦

Todo es posible

La polinización de la novela cervantina, llegó siglo tras siglo tras siglo a los rincones más alejados del castellano. Fecundó obras en Irlanda y Francia; en Italia y la Gran Bretaña, en Praga y Brasil —nos dice Juan Goytisolo—, por 'las autopistas del viento' que transportan las semillas y las esporas del arte de Cervantes. Millones de genes extraídos de *El Quijote,* han propagado el genial binomio indestructible de personajes literarios como Don Quijote y Sancho Panza. Paradojas aparte, en ello radica su extrema modernidad y a la vez su condición de clásico: la producción de infinidad de hijos en mundos literarios inimaginables.

La novela de Cervantes también es punta de lanza en la creación de personajes redondos como los quería Forster, de clara biología: Don Quijote nace al mundo de la ficción cuando Alonso Quijano, ficción también, cansado de tantas novelas de caballería decide correr suerte, crear un doble, un caballero que recuerden su figura y andanzas los tiempos pasados pero desde un presente. Este doble, Don Quijote nace grande en edad, la misma de su creador, pero como si fuese un crío, después de su nacimiento crecería en sus hazañas; se desarrollaría como caballero andante de un siglo que hace mucho dejó atrás las medievales conductas y finalmente moriría junto con su creador. Esto en la biología de la escritura.

Hace poco leí el discurso de Augusto Roa Bastos cuando le otorgaron el Premio Cervantes en España: después de hacer un recorrido por las vicisitudes del Paraguay, su país de origen, tras recontar el doloroso pasado, el inquieto presente y el inescrutable futuro de "Nuestra América" como llamaba José Martí al conjunto de naciones hispanoamericanas, concluye que Don Quijote en su calidad de personaje real, es decir, Alonso Quijano, se deja morir cuando lo inunda el sentido común, esa mortal enfermedad que llena los resquicios y tapia casas, oficinas, escritorios y papeles sobre los escritorios. Roa Bastos nos hace ver que quien muere en la segunda parte de la novela no es otro que Quijano. Don Quijote no muere. "Muere Alonso Quijano, el hombre común, corriente y moliente, pero no Don Quijote, ni tampoco Sancho, quienes —en la unidad de los contrarios— seguirán cabalgando juntos en la aventura de rescatar de las sombras el misterioso, el inagotable resplandor de la vida, de la belleza, de la lealtad, del valor, de la esperanza, de la libertad."

Primera lección

Un punto más en la modernidad de *El Quijote.* Se dice que la suma de dos productos iguales nos da una realidad agrandada. La suma de dos ficciones, la de Alonso Quijano y la de Don Quijote nos da esa realidad agrandada, gen promotor si acaso de la única verdad posible, la realidad de la ficción. Como una revelación, como un acto divino, para bien o para mal, nos acercamos a la mayor enseñanza de Cervantes: en la modernidad todo es posible.

Segunda lección

Se cumplen cuatrocientos años de la publicación de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha.* La segunda parte la festejaremos en el 2016, y con una poco de suerte aquí estaremos. Sólo lamento no estar dentro de cien años para continuar charlando sobre *El Quijote*. Imaginen ustedes las experiencias de vida en ese tiempo. Las lecturas realizadas. Bajo qué sensibilidades nos acercaríamos a la obra de Cervantes si uno responde al mundo —y un libro siempre es un mundo— de acuerdo a lo que hemos vivido, escuchado, visto y además observado; de lo que nos hemos apropiado, recordado y también lo que hemos olvidado. ¿Leeremos *El Quijote* a bordo de una nave espacial rumbo a extrañas vacaciones en una posada marciana con vista al mar rojo? ¿O una rareza de máquina nos susurrará capítulos mientras recorremos 55 millones de kilómetros? Cuando surja un nuevo Forster, ¿escribirá sobre un cuarto con vista al universo en sentido literal y sus efectos devastadores entre un hombre y una mujer? El discurso sobre la libertad y la responsabilidad del ejercicio de la voluntad; sobre la emancipación de la mujer; sobre la correspondencia en el amor en el mundo moderno de habla hispana, el discurso de la pastora Marcela, ¿Tendrá importancia de aquí a cien años? ¿Le cambiará la vida a alguien? ¿Y ese alguien se sentirá vigoroso y dignificado en su humanidad después de la lectura de *Don Quijote de la Mancha*?

A cuatrocientos años de distancia el mundo de Don Quijote nos sigue pareciendo el reino de la utopía solitaria pero posible. Nos sigue fascinando la idea de ganar batallas en nombre de esta utopía con el

♦♦♦



bendito afán de ser merecedores del mundo y guardianes de sus pobladores que nos han sido dados en custodia para dejar un testimonio escrito de vida, entonces nada se ha perdido. Don Quijote y Sancho Panza son el binomio de los guardianes terrestres por autonombramiento o debo decir por cervantina disposición. Lo que para muchos son signos inequívocos de locura y desvarío, son en realidad los efectos de virtudes depuestas a través del tiempo porque alguien dijo que mostrarse generoso, amable, solidario, luchador incansable de la justicia son síntomas de retraso civilizatorio. De ahí que Cervantes haya escogido el mundo de los caballeros con caballo, mujer y reino. La literatura nos muestra ese mundo como el reino de las virtudes excelsas. Que no se note, no muestres tus sentimientos o te hundirán en el cielo de los atrasados, de los poco aptos para el destino. Y el destino, ¿de verdad nos alcanzó? ¿Cómo saberlo? Y he aquí la soberbia lección de Cervantes: El mundo real ha enloquecido, nadie es quien dice ser. Ante eso sólo queda imaginarnos unos a otros en el ejercicio libre y esperanzador de la ficción.

Pero estamos en el 2005, año conmemorativo de *El Quijote*. Y hemos venido a hablar de la pastora Marcela, de Grisóstomo y de nuestro cándido binomio humano, germen y polen de las letras futuras.

La historia de Marcela y de cómo le siguió Sor Juana y antes estuvo Antígona

Tercera lección

En la primera parte de *El Quijote,* en los capítulos XI, XII, XIII y XIV, se lee el discurso de la "Edad Dorada", preámbulo de la historia de los pastores, Grisóstomo y de cómo murió de amor y de Marcela y de cómo defendió su derecho a amar o a dejar de hacerlo.

Don Quijote y Sancho Panza, como es su sana costumbre, deciden pasar la noche "al cielo descubierto" junto a algunas chozas de cabreros. Fueron bien recibidos, cenaron con ellos y a punto de dormirse, Don Quijote toma un puñado de bellotas que le inspiran el discurso bucólico de "La edad dorada". Tiempos pasados cuando el bien común era uno y la misma cosa para todos los habitantes. Nos dice Don Quijote, que los hombres y mujeres de entonces "ignoraban estas palabras de *tuyo* y *mío*" [p. 97]. Y va adentrándose Don Quijote en la descripción de un ambiente bucólico, arcádico e idílico comparando las costumbres sociales de entonces con las propias, en donde abundan "las claras fuentes y corrientes ríos"; un mundo en donde el trabajo consistía en alargar la mano hacia un árbol frutecido, abundante también en jóvenes cubiertos apenas por vegetales, "algunas hojas verdes de lampazos".

Va pues Don Quijote haciendo hincapié en cómo los tiempos pasados fueron mejores para la humanidad. Prosigue comparando a las doncellas de antaño como dignas representantes de la honestidad y aunque ahora sigan siéndolo, nos dice nuestro flaco personaje, se hace necesario casi encerrarlas en otro laberinto como el de Creta, porque son muchos los peligros de ahora. Palabras de Don Quijote. Por eso, continúa, "y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas [...] De esta orden soy yo hermanos cabreros" [pp. 98-99]. Pero cuando dice que "se declaraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ellas los concebían, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos" [p. 98], Cervantes plantea la trama de la siguiente historia, nos va llevando, como quien no quiere la cosa, hasta el discurso de la pastora Marcela y

de su enamorado, el pastor Grisóstomo. El discurso de "La Edad dorada" embona a la perfección en la siguiente historia quijotesca: el mundo anterior incluso a la palabra campo, es el mundo bucólico traído a cuento en la misma época de vida de Don Quijote. Cervantes con esto recompensa a su personaje, le da el mundo añorado y lo coloca frente a la posibilidad (estamos en el mundo de la escritura) de comparar de primera mano lo que fue con lo que tiene ante los ojos. En sí, *El Quijote* es, entre muchísimas cosas más, la confrontación de mundos dispares, aparentemente irreconciliables.

Baconianamente, Cervantes comprueba la teoría de los mundos mejores mediante la experimentación de los mismos en el plano de la escritura. Más adelante, en el discurso de Marcela, leemos que el antiguo tiempo clásico de la vida pastoril encuentra correspondencia en pleno siglo XVII, barroco y español ante la insólita mirada de un caballero andante. Queda la duda de si los tiempos pasados fueron mejores. Don Quijote nos trata de convencer, pero es Cervantes quien nos lleva por donde quiere, es él quien nos arroja a los tiempos pasados. En el lector se da la construcción y la fusión de los tres mundos: el idílico, el caballeresco y el actual de Sancho Panza. Este ejercicio, racional por excelencia, deduce que si bien el mundo de los pastores como paisaje, como entorno quizá era mejor que el actual y el mundo de los caballeros era guardián de la honorabilidad, en un nivel casi ontológico y también fenomenológico, en una suprema lección de humanismo, Cervantes nos dice que el mundo de las pasiones humanas permanece igual; el hombre es el mismo si es pastor, caballero andante o Sancho Panza. La bondad, la generosidad, el amor, cualidades de nuestro personaje, son eternas e inquietas esporas del espíritu humano y la literatura su mejor testimonio como estos versos de Sófocles en su *Antígona:* "Muchas son las cosas admirables, mas/ ninguna que el hombre hay más admirable"

La historia de amor frustrado entre Marcela y Grisóstomo, es la más elocuente y convincente narración de la fusión de mundos en apariencia irreconciliables. Ambos son pastores, aunque ella siendo hija de un rico comerciante, elige la vida pastoril para separarse de la mundanidad. Grisóstomo ama a Marcela. Marcela no ama a Grisóstomo. Grisóstomo se suicida y pide que lo entierren al pie de una peña en donde vio por primera vez a Marcela. Y la desgracia del estudiante y la inquina de la pastora es reguín de pólvora por los andurriales. Llega a Don Quijote, esta historia de amor trágico en la versión de cinco personajes.

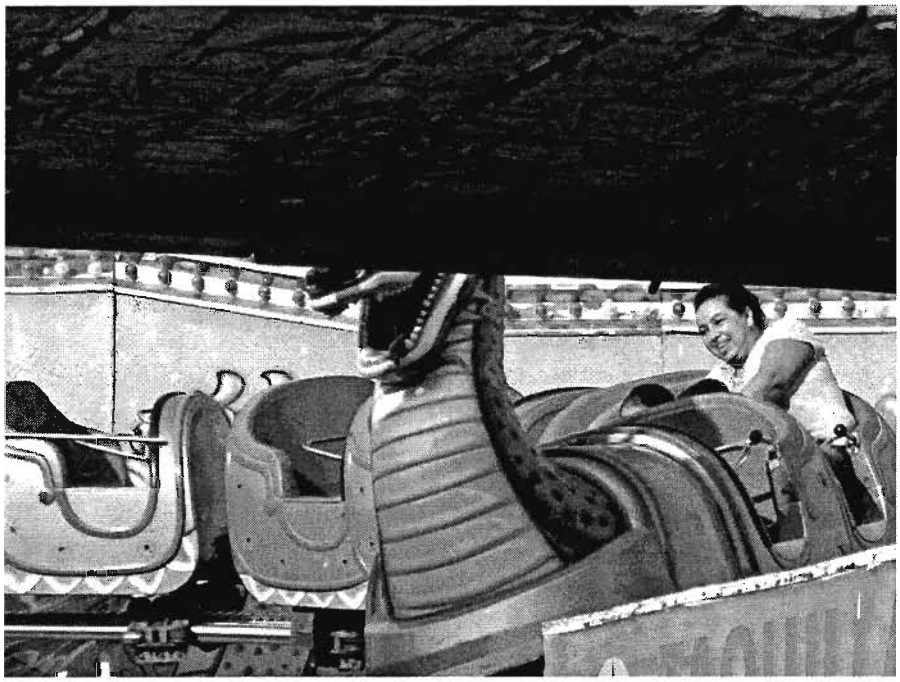
En *El Quijote* existen múltiples narradores. En la historia de Marcela, encontraremos distintas voces de la misma historia; según el cabrero Pedro, o el caminante Vivaldo; según Anselmo (el amigo de Grisóstomo), o en la voz del muerto, por medio de sus canciones, y finalmente por la misma Marcela. Los críticos han señalado el efecto polifónico (de múltiples voces) de la obra cervantina. La polifonía literaria, siglos después, sería materia de estudio para Bajtín. Y otros muchos teóricos de la literatura.

Es el cabrero Pedro quien da los pormenores introductorios de la historia. Por él sabemos que Grisóstomo se disfrazó de pastor para halagar a Marcela, pues era hijo de un hombre acaudalado que se había hecho rico porque él, practicante de la astrología, le decía a su padre cuándo sembrar cebada o trigo, por ejemplo. Para el cabrero Pedro, Marcela "es una rapaza". Palabra que tiene doble significado: por un lado quiere decir muchacha de corta edad y por otro, ave de rapiña. Vivaldo, señor de a caballo, se encuentra en el camino, rumbo al entierro de Grisóstomo, con Don Quijote y su comitiva de cabreros.

La historia de amor trágico entre dos pastores la conocen por igual. Pero ante la sorpresa de la indumentaria de nuestro personaje, a la pregunta de por qué andaba armado, Don Quijote responde con otro discurso sobre la historia y actualidad de los caballeros andantes: "Y, así, me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos" [p. 112]. Para aquellos que lo escucharon, su bonhomía de caballero andante ya se sabe, era el síntoma preclaro de su locura. Prosiguieron su camino rumbo al entierro en donde se encuentran con Ambrosio quien señala a Marcela como "enemiga mortal del linaje humano"; acto seguido lee la "Canción desesperada", poema largo que Grisóstomo dedicó a su amada: muestra profunda de la angustia y el padecimiento por los celos, las sospechas y las ausencias. Ambrosio deja en claro que si bien es cierto

♦♦♦

que Marcela provocó la muerte de su amigo también es cierto que no se le puede "poner falta alguna" [p. 124].



La honorabilidad de Marcela no está en duda; los cuatro personajes, el cabrero Pedro, el Sr. Vivaldo, el amigo Ambrosio y Grisóstomo han contado la misma historia de amor desesperado. Sin embargo, no comprenden las acciones y las reacciones de Marcela. Sin ser vista observa desde lo alto de la cima el entierro. Ambrosio es el primero que la ve y arremete contra ella; llega así el discurso de Marcela. El más lúcido, humilde y sugestivo recuento de una voluntad inquebrantable como tierna; de la posibilidad y la responsabilidad de elección. Anticipación del pensamiento cartesiano, paradigma de la modernidad; la libertad a la que alude Marcela es consecuencia del entendimiento y del ejercicio pleno de la razón.

Marcela llega hasta al pie de la cima para dejar en claro que ella no es la culpable de la muerte de Grisóstomo. Inicia hablando de su belleza.

> "Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aun queréis que esté obligada a amaros [...] Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso [...] si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? [...] La hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma [...] Y nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos [...] A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; [...] El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá conocerá ni seguirá en ninguna manera [...] Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera" [p. 125-128].

Entonces salió corriendo. Sólo se escuchó la voz de Don Quijote decir: "Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía". Acto seguido, ponen la losa sobre el cuerpo de Grisóstomo para continuar su destino de ficción.

Con el lenguaje, Cervantes recrea un mundo anterior incluso al de los Amadises y Palmerines y galos caballeros en mesas redondas; con el discurso de Marcela ya no se adentra sino se apropia por completo de un mundo nuevo, la modernidad lo alcanzó en la intuición de la escritura.

De la *Antígona,* de Sófocles, "linaje, prosapia y alcurnia" de la pastora Marcela y de su propio discurso llegamos a la "Respuesta de Sor Filotea de la Cruz" de Sor Juana. Los diálogos de Antígona con su tío Creonte; el discurso de Marcela ante un grupo heterogéneo de la sociedad española y la respuesta intelectual de Sor Juana Inés de la Cruz, tienen varios puntos en común. No pretendo con estas líneas agotar nada ni sugerir tampoco y menos arrogarme una filiación de feminista que estoy lejos de asumir como bandera personal. Pero sí quiero asociar tres discursos femeninos precisos, elegantes, lúcido equilibrio entre lo subjetivo y

♦♦♦

lo objetivo. Intensos y claros como estas palabras de Sor Juana: "No por otra razón es el ángel más que el hombre que porque entiende más".

Los tres discursos promueven el derecho a la libertad de elección frente a las murallas del tirano: Antígona defiende el derecho de enterrar a su hermano con los honores que le corresponden a su estirpe aun cuando esto sea provocar al tirano; Marcela defiende su derecho a elegir con el corazón al amado y no con la razón ni con la presión social; y por último, Sor Juana escribe la más hermosa defensa a un ejercicio, a un oficio que se asume más como maldición que como un destello de felicidad. El derecho a ser inteligente.

Aquí cabe poner en su justa dimensión como creadores a Sófocles, Cervantes, y Sor Juana. De los dos primeros, es tan grande su genio inventivo que sin ser mujeres, fueron capaces de crear personajes femeninos entrañables, fuera del tiempo medible. Eternas desde su misma concepción. Sor Juana habló de sí misma con la genialidad de la franqueza y del conocimiento.

Francisco Rico apunta, en la edición conmemorativa de Alfaguara, que "la mujer decidida e independiente es uno de los personajes favoritos de Cervantes y aparece repetidamente en *El Quijote*".

Cuarta lección

¿Por qué los discursos pronunciados por estas tres mujeres en busca de justicia, igualdad y simpatía nos parecen tan vigentes? ¿Hubieran reflejado la misma intensidad y el mismo dolor y soledad si las hubieran pronunciados ilustres varones? Me parece que son vigentes porque los valores que promueven los tres discursos no tienen fecha de caducidad. Cada tiempo tiene sus injusticias y desigualdades. La mujer, arquetípicamente hablando, es un género al que se le permite socialmente mostrar sus emociones como intensas manifestaciones de la piel. La paradoja es que en los discursos de Antígona, Marcela y Sor Juana lo que priva, además de la intensidad y la pasión del tono, es el sentimiento trágico de la razón que les permite señalar los vicios, yerros, engaños, imperfecciones y defectos de sus propios mundos.

En las tres posturas femeninas se señala lo más sagrado para cada una de ellas, desde luego la libertad de elegir como mejor les plazca, sí, pero también el enorme valor del honor aunque desemboque en tragedia; el auténtico deseo de estar con el amado en plena libertad y la humildad amorosa de reconocerse capaz, y dejarlo por escrito, de discernir sobre un juicio emitido por un hombre de renombre en la estéril época de la inquisición novohispana. El riesgo es mucho. En una el suicidio, en otra quizá la soledad como eterna compañera y en Sor Juana el inicio del fin. Así las cosas.

Pero pongamos cara contenta. Que esto pasó hace muchos años. Ni Sófocles, ni Cervantes ni la misma Sor Juana dejarían de aplaudir ante los logros de nuestra sociedad. Y seguimos cosechando.

Las lecciones más fuertes de amor a la humanidad las he encontrado en las tragedias de Sófocles, en los sonetos de Shakespeare (en mi asombro cuando escuché junto a Néstor el soneto No. 18 musicalizado y cantado por David Gilmour); en los *Cuadernos de Sarajevo* de Juan Goytisolo; y en una historia sin fin de un hombre fundido a su caballo y a su fiel sirviente, binomio de modernidad con vestido medieval y almas de pastor:

> "digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladrón"[p. 114].

Palimpsesto imborrable del mundo, a Don Quijote y a Sancho Panza les sobran futuros. ♦

Bibliografía

Cervantes, Miguel de (2004). *Don Quijote de la Mancha.* Alfaguara. México, pp. 95-129.

Cruz, Sor Juana Inés de la (1989). *Obras completas.* Colección Sepan Cuántos, Porrúa, México, pp. 827-848.

Goytisolo, Juan (1994). *Cuadernos de Sarajevo.* Aguilar, México, pp. 104.

Roa, Bastos, Augusto (1989). www.terra.es/cultura/premiocervantes/ceremonia/ceremonia89.htm

Shakespeare, William (2002). *Sonetos.* UNAM, México, pp. 66-67.

Sofócles (1977). *Ayax, Las traquinias, Antígona, Edipo rey.* Editora Nacional, España, pp. 167-228.